

1.5.2/57

1-119



Diario moderno  
núm.

Barcelona,

[Recogido, CC Afrodisis Aguado, III]

## Sobre el uso de la lengua catalana

A mi amigo Clarín, el crítico más sugestivo de España.

La lectura del discurso de Guimerá sobre la lengua catalana me sugiere algunas reflexiones que por vía sugestiva y sin sujetarlas á cordel metodológico, inserto aquí.

No es cosa de entrar aquí en reflexiones acerca de la indisolubilidad entre el pensamiento y el lenguaje, mejor que indisolubilidad identidad si se abonda en este hecho psicológico. Tampoco me cumple tratar de las ventajas é inconvenientes que traería la adopción de una lengua universal para el cultivo de la ciencia, que brota de la realidad, sujeta por donde quiera á diferencias de lugar y tiempo. Me concreto aquí á la literatura.

La sinceridad es el primer deber de todo escritor serio, de los que escriben porque han pensado, no de los que piensan para escribir. El primer deber de sinceridad es hablar y escribir cada uno, en cuanto le sea posible, en la lengua en que piensa y lengua que piensa á la vez, en la que es carne de sus ideas.

Hablando y escribiendo cada cual en su lengua nos hemos de entender mejor al cabo, porque nos entenderemos en armonía y no en monotonía; en armonía que brota de integración de diferencias cumplida por adaptación selectiva y libre y no en monotonía de batuta autoritaria.

Todo castellano, y llamo aquí castellano al que piensa en la lengua de Castilla, todo castellano de espíritu abierto é inteligencia sesuda y franca, debe desear que los catalanes escriban en catalán, porque produciéndose más como ellos son, nos darán más, y obligándonos á esfuerzos para entenderlos nos arrancarán á las sollicitaciones de la pereza mental y del exclusivismo. Sacan más uno de otro dos pueblos autónomos en absoluto libre cambio que sometidos á una unidad centralizadora, vejatoria para uno y otro, aun en el caso en que sea uno de ellos aparentemente el unificador y el otro el unificado. Y esta observación, de carácter general, no es impertinente al punto de que discurso, que es, en resolución, punto de proteccionismo ó libre cambio.

Aborrezco las traducciones que me dan hechas, por buenas que sean, siempre que esté á mi alcance la inteligencia del original, con mayor ó menor esfuerzo. Y en esto del esfuerzo es en lo que sobre todo fundo mi aborrecimiento; quiero esforzarme. Me abstuve de leer á Homero, al Dante, á Goethe, á Shakespeare mientras no pude hacerlo en el original, y de esa abstención sacaba fuerzas para estudiar sus idiomas.

Claro está que no todos están en disposición de ponerse á aprender idiomas, ni hay nadie capaz de saber todos los literarios de alguna importancia, y claro está

que es meritísima y utilísima, á la par que difícil, la tarea del traductor. Pero cuando tengo que leer á Tolstoi, Dostoyuski ó Ibsen en traducciones, no se me ocurre lamentar el que no hayan escrito en lengua comprensible para mí, sino el no saber ya las lenguas en que han pensado y que les han dado, más que otra cosa, el peculiarísimo giro de su espíritu.

Si el catalán escribe en castellano perderá algo de su alma propia y eso que pierda es precisamente lo que más nos interesa conocer á los no catalanes, porque es lo activo en él y durmiente en nosotros. Llegará á escribirlo con corrección, como dice Guimerá, pero «no conseguirá may donar prou sinceritat y prou ayre de real naturalesa als seus períodes, porque la careta may tindrà 'ls moviments espontanis y la vida tota de la veritable cara». Los catalanes que escriben en castellano trabajan en empobrecerlo, mientras que si escribieran en su lengua y en ella los leyéramos trabajarían indirectamente en enriquecerlo, y no porque el castellano tomara elemento de este idioma capacitaría á los castellanos que lo aprendiesen á descubrir ignorados elementos de su lengua propia.

Por mi parte no sólo prefiero leer alemán al castellano, italiano ó francés alemán que usan ciertos escritores, sino que lo entiendo mejor. Entiendo mejor á Carlyle en su brioso inglés que en una traducción castellana *literal* y servil que por ahí corre.

Creo que todas las castas tienen en el fondo las mismas aptitudes y órganos espirituales, pero en proporciones y combinaciones distintas, lo mismo que en la vieja división de los temperamentos, valga ella lo que valiere, se afirmaba que todos tenemos sistemas nervioso, linfático, sanguíneo y bilioso. Cada pueblo tiene unos órganos más desarrollados que otros, y aquéllos le dan individualidad. Y una de las más sólidas labores de la educación de un pueblo es cultivar los no desarrollados, los atrofiados, es decir, los que contienen la función en potencia. Hay un fondo de verdad en las leyendas del padre que abandonado con el niño mamoncillo en brazos logró, á fuerza de ternura, sugestión y energía volitiva sacar leche de los pezones de sus atrofiadas mamas. Y este es el camino para integrarse, armonizarse, *humanizarse* en fin. Cultivándose así es como el individuo se enriquece y complica, así como se empobrece encastillándose en lo diferencial y cultivándolo. A este empobrecimiento le impele lo que se llamó, no sin felicidad de frase, fuerza de inercia.

Si leemos á un alemán en alemán, el esfuerzo, por pequeño que sea, para la traducción mental nos hace fijarnos en cosas que leyéndolo en castellano pasaríamos por alto. Y téngase en cuenta que la traducción mental existe siempre, por muy familiarizados que estemos con un idioma extraño; con la familiaridad creciente tiende ese esfuerzo á cero, límite de las cantidades positivas, pero como la asíntota á la curva á que se acerque, jamás le alcanza.

He leído las hermosas composiciones que forman la colección titulada «Anant pel mon», de Rusiñol, y hay matices en que me he fijado por la detención de lectura á que me obligaba el tener que irlo traduciendo; hay epítetos y metáforas que hubiera pasado por alto á estar en castellano y en que me he fijado por haber tenido que pararme á buscar su significado.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.UA.LES





SIGUE EL A-119

Un catalán que piense en catalán y escriba en castellano nunca hará más que traducir su pensamiento. Y ¿por qué él, el autor, ha de traducir al castellano mejor que yo, el lector, lo que en catalán piensa? Cuando tropiece con una dificultad la saltará sin resolverla; yo no la salto, me detengo, porque, suponiéndolos igualmente concienzudos, más propenso ha de estar el autor que se traduce á sacrificar algo de su íntimo modo de ser que el mero traductor á sacrificar algo del espíritu del prójimo á quien traduzca. No cabe dudar de que el homicidio es más inmoral que el suicidio.

Convendría que nos detuviéramos en lo escrito en la lengua misma en que pensamos, que nos la tradujéramos, y esto no es paradoja. Y de mí sé decir que habituado á leer traduciendo de idiomas extraños he acabado por leer traduciendo lo de mi idioma propio, el castellano en que pienso.

Últimamente me he dedicado á leer algunas obras catalanas y el esfuerzo de traducción me ha hecho penetrar un poquito, según creo, en ciertos repliegues, en cualidades esbozadas, en aptitudes de casta ocultas en los senos subconscientes de la lengua misma, y esta penetración me ha ayudado á ver el núcleo catalán en los catalanes escritores en castellano.

Aparécense de ordinario el espíritu catalán á los extraños á él algo pegado á tierra al modo del parsimonioso espíritu de la escuela escocesa, un buen sentido algo mezquino y prosaico y tirando á sancho-pancesco. Recordamos el escocismo y oportunismo de un Balmes, la moderación, rayana en pobreza, de un Milá ó un Ixart, y por otro lado el dogmatismo simplicista, pobre y chico, de un Sardá y Salvany. Tiene razón Guimerá: Pi y Margall, el mejor prosista en castellano que Cataluña puede presentar hoy entre los vivos, es «massa aixerrahit», cultiva una prosa lapidaria por lo precisa y lo seca y pobre. ¡Cuanto más rico el catalán de algunos escritores catalanes!

Veo mucha analogía entre el espíritu catalán y el escocés, analogía señalada antes de ahora y que trataré de desarrollar y justificar algún día, si continúo mi inquisición acerca del espíritu de las castas españolas. Veo escocismo en Cataluña, pero hasta hoy circunscrito al modo de un Reid ó de un Hamilton, que hicieron escuela en Cataluña (y de allí salió Menéndez y Pelayo) así como Walter Scott tuvo entusiastas admiradores, como Milá. Pero hay otro escocismo bajo ese y es el de un Burns y un Carlyle. Si, como creo, late algo del alma carlylesca en el fondo del catalán, ese algo sólo en lengua catalana puede revelarse. Y esta revelación nos importa á todos, catalanes y no catalanes.

En bien y provecho de todos debemos, pues, desear todos que los catalanes, como todos los hombres, escriban en la lengua en que piensan. Mientras la integración espiritual humana avanza la favorece más el esfuerzo por traducir cada cual lo ajeno que por traducirse uno en ajeno espíritu.

Aseguraba Clarín en una «Revista mínima» que no siente el alma del catalán, alma en que cree y que por eso dice que no sabe catalán. Y es natural, no cabe sentir esa alma sin rasgar primero el vestido en que se envuelve, su lengua. Excitaba Clarín á Oller (de quien guardo, y permítaseme este desahogo, un grato recuerdo personal de allá, de mi Vizcaya) á que escribiera en castellano y contestaba muy sesudamente Oller «que era imposible, que no estaría allí todo él.» Y yo

añado que creo sacarán los lectores castellanos más provecho de Oller escribiendo éste en catalán y traduciéndolo, de un modo ó de otro, Clarín, que tan excelentes traducciones hace á su modo, que no traduciéndose el mismo Oller al castellano.

Hay que pedir que escriba cada cual lo que siente en la lengua en que lo siente en obsequio á la suprema armonía, al concierto de todos, al más pronto adveni-

miento de un verdadero lenguaje universal, que tiene que venir, y en obsequio además al fomento de los incentivos y estimulantes de nuestra energía traductora.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, abril de 1896.

Decreto y de aquellos II

Los Lunes Ilustrados

(de El Fomento de Salamanca)

Lunes, 11 de enero de 1897

1-120 SUEÑO

CUANDO conocí á D. Hilario no era ya nadie ni hacía nada, resultando un sujeto de los más borrosos y comunes á pesar de su fama de raro. Mas aún así y todo tuve la fortuna de presenciar una de sus explosiones, una erupción de sus honduras espirituales, y oírle contar sus desventuras con aquella voz gangosa y lenta y aquel modo doloroso que en casos tales y hasta volver á caer en su habitual huronería, le dominaba por completo.

Ciego de mozo por la lectura y el estudio creía á pies juntillas haber sido tal vicio la fuente de sus males. Con hidrópica sed de saber misterios había devorado de todo, ciencias, letras, humanidades, con encarnizamiento insaciable. El misterio se le iba agrandando á la par que descubría nuevas caras porque abordarle, y sentía desazón é impaciencia al encontrarse cientos de veces con las mismas cosas en cientos de libros diversos. Anhelando novedades, ideas nuevas ó renovadas que le refrescaran la mente, encontrábase con insupportables repeticiones. Todos los libros que tratan una materia contienen un fondo común y este fondo le daba ya sueño, á puro machaqueo. El que consigue descubrir una verdad en química no se conforma con menos que con escribir un tratado completo de química, y gracias si no pretende que esa verdad modifique todas las restantes y sea piedra sillar de un nuevo sistema.

Al acostarse dejaba sobre la mesilla de noche tres ó cuatro libros, solicitado á la vez por todos ellos; tras breve vacilación cogía uno, lo hojeaba, leía trozos salteados, empezaba un capítulo, inatento, distraído por el deseo de los restantes libros de la mesilla; y así lo dejaba para tomar otro y á su vez dejarlo en cuanto se convertía en lo que decían. Muchas veces tocaba á uno y otro y se quedaba sin ninguno, y acabó por ni tocar.

(A-119)  
1-120  
(1-121) (verve)

84

el m... DAD  
... LO... NCA  
... de D...  
ES